

MINIATURAS MEDIEVALES ESPAÑOLAS DE INFLUJO ISLÁMICO

Existe un grupo de miniaturas españolas, arte francés bien notorio, de los últimos años del siglo XIII, muchas de las cuales reproducen, en ese estilo importado, escenas de la vida contemporánea en las que figuran gentes de las tres religiones que convivían en la Península y ciudades y edificios islámicos, o contruídos en territorio cristiano por mudéjares, junto a otros plenamente góticos. Son esas ilustraciones síntesis perfecta de la España cristiana medieval; reflejan la característica complejidad de gentes y formas que constituía uno de sus rasgos más acusados.

Ilustran principalmente dichas obras pictóricas los códices de las *Cantigas de Santa Maria*, de Alfonso el Sabio, y del

Libro del ajedrez (1283), debido también éste a iniciativa del mismo monarca.

No se conocían, en cambio, ilustraciones de las que verosímilmente decoraron códices escritos por los musulmanes españoles. En los años últimos se han publicado y analizado cumplidamente las miniaturas de las *Cantigas* y dado a conocer otras que parecen hechas en la España islámica. Las dos series, la magnífica y copiosa de los manuscritos alfonsíes, y la muy escasa y de verosímil localización en la Andalucía musulmana, son documentos de excepcional importancia, pues revelan, no sólo el arte medieval de la ilustración en nuestra Península, sino también múltiples aspectos inéditos de su vida, tanto en medios cristianos como en los islámicos y judíos.

I. Miniaturas hispánicas con representaciones y escenarios mudéjares.

De los códices de las *Cantigas* dijo Menéndez y Pelayo que son «como una especie de Biblia estética del siglo XIII»; Sánchez Cantón los ha calificado, en fecha más reciente, de «arsenal maravilloso y apenas utilizado para el conocimiento de la vida española de la centuria de San Fernando». Monneret de Villard, en un artículo ampliamente reseñado más adelante, se lamentaba en 1911 de que la mayoría de sus abundantes miniaturas permaneciesen inéditas y tan sólo existiesen dos estudios de ellas, anticuados y de aspectos parciales, y no de los más interesantes.

Esa laguna en la edición de obra tan fundamental para el conocimiento de nuestra edad media acaba de ser colmada por don José Guerrero Lovillo con la publicación de un trabajo — *Las Cántigas: Estudio arqueológico de sus miniaturas*¹ — que obtuvo el año 1946 el premio «Raimundo Lulio» del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y ha sido dignamente editado por éste.

¹ Madrid 1949.

En 212 láminas se reproducen en él todas las miniaturas del códice escurialense. Precédenlas 435 páginas de texto, consagradas, aparte las de índices y epígrafes de las ilustraciones, a su detallado y preciso estudio arqueológico, con el auxilio de abundantes dibujos debidos al autor. En una prosa jugosa y animada va el señor Guerrero analizando detalladamente los diversos elementos que aparecen en las miniaturas, lo mismo los vestidos, calzados y tocados de cristianos, moros y judíos ¹, que las edificaciones figuradas, desde los templos y palacios hasta las letrinas o cámaras privadas, sin olvidar pinturas, esculturas, mobiliario, navíos y objetos pertenecientes a las artes llamadas industriales. Son sus capítulos extensas y eruditas monografías, que demuestran copiosas y bien aprovechadas lecturas de obras literarias contemporáneas, y no escaso conocimiento de otras artísticas, así como de fuentes documentales. El que quiera conocer la sociedad española en su grande y pintoresca variedad durante el reinado de Alfonso el Sabio, tendrá en adelante que acudir a este estudio del joven profesor sevillano, análisis de una obra artística que refleja fielmente la sociedad hispánica en la segunda mitad del siglo XIII, admirable repertorio cuya vida nos permite contemplar en todos sus aspectos: monjes y monjas cantando en el coro; amantes abrazados en el lecho; un físico vendiendo remedios en su tienda; procesiones; viajes por mar; entierros; bautizos; presos metidos en cepos; monjas que huyen del claustro; ladrones que se encomiendan a la Virgen cuando van a hurtar; reyes; emperadores; truhanes jugando a los dados en una taberna; pastores; romeros; mezquinos; moros negros admirablemente caracterizados en sus rasgos físicos; etc., etc.

Se han emitido distintas opiniones sobre el lugar de la iluminación del códice, fundadas en la localización de algunas de las miniaturas. Guerrero, creemos que acertadamente, las atribuye a artistas cortesanos que acompañaban al monarca, viajeros, con éste, por gran parte de los dominios del reino de Castilla, lo que

¹ Para conocer los vestidos, tocados y armas de la época es también un magnífico arsenal el *Tratado de Ajedrez*, ordenado por mandado del Rey don Alonso el Sabio, en el año 1283 (Leipzig 1913).

no quiere decir copiasen los escenarios del natural, pero sí que los conocían y conservaban algunos de sus rasgos en la memoria. El códice debió, pues, de iluminarse en muy distintos lugares, y verosímilmente bajo la dirección del monarca cuyos versos ilustran sus pinturas. Los autores fueron narradores gráficos incomparables que, con muy escasos trazos, supieron dar una impresión perfecta de movimiento y vida, y caracterizar las gentes representadas.

El señor Guerrero hace suya la opinión de Bertaux, al afirmar que los miniaturistas se inspiraron manifiestamente en modelos parisinos, de los que conservan la elegancia nerviosa, al mismo tiempo que supieron mirar en torno de sí, en la calle y en las casas. Pero la matiza, al escribir que no existe lo que podría llamarse su modelo, más o menos próximo: «los miniaturistas alfonsíes no se inspiraron en tal o cual códice en la medida de que pudieran establecerse relaciones entre ellos, sino que simplemente reflejaron en su obra su propia formación artística, y ésta, necesariamente, se hizo a la vista de obras francesas que en la corte no debían ser raras y cuyo contenido estilístico se asimilaron sin intenciones de copiar». En la finura desplegada al dibujar animales observa Guerrero influencia arábiga, transmitida, tal vez, a través de bestiarios islámicos. Y, muy acertadamente, a nuestro juicio, señala en la distribución y estructura de las escenas, influencia de los dípticos franceses de marfil. El dibujo y la composición recuerdan asimismo los relieves, también de influencia francesa, labrados en la segunda mitad del siglo XIII, en las catedrales de Burgos y León y en varios sepulcros contemporáneos, cobijados, como la mayor parte de las miniaturas, bajo arquerías decorativas. Esos artistas utilizarían dibujos sintéticos, tal vez con policromía, como todas las tallas medievales. El conocido album de Villard d'Honnecourt acredita el vigor expresivo y la elegancia de los croquis de algunos de esos maestros.

Muchas de las miniaturas del códice escurialense aparecen encuadradas en formas de arquitectura gótica francesa, singularmente en arquerías de arcos agudos, trilobulados con frecuencia y otras veces sencillos o con múltiples lóbulos. Los coronan gabletes, provistos algunos de cardinas y florón en el ápice, forma difundida en la arquitectura española de época más tardía. Pero

es frecuente que aparezcan, en las construcciones representadas de arquitectura civil y militar, y aun en puertas de templos y campanarios, arcos de herradura, algunos con dovelas de distinto color alternando; huecos gemelos; muros con aparejo toledano de cajones de mampostería entre verdugadas de ladrillo; impostas con doble cinta enlazada y otros elementos de arte hispanomusulmán. Hasta el acueducto de Segovia lo representó uno de los miniaturistas con arcos de herradura, lo mismo que siglos después hicieron con otras construcciones españolas los dibujantes románticos para acentuar su orientalismo. Arcos análogos ostentan las puertas de unos hórreos norteños en otra ilustración, en los que resultan anómalos.

Prescinde el señor Guerrero del análisis técnico de las ilustraciones y de su colorido. Respecto a ambos aportará probablemente interesantes datos un trabajo citado por Monneret de Villard, en el que se da a conocer un formulario técnico para la preparación de los colores, del pergamino, etc., escrito en lengua portuguesa, con caracteres hebraicos. Fué concluído por Abraham b. Judah ibn Hayyim en Loute (Portugal), en el año 1262, pero algunos datos permiten sospechar que el manuscrito existente es algo más moderno y se escribió en Galicia ¹. Como ejemplo de la importancia del estudio de las miniaturas alfonsíes, cantera inagotable para el mejor conocimiento de la civilización hispánica del siglo XIII en múltiples aspectos, me limitaré a señalar un detalle referente a arquitectura militar, de formas musulmanas casi toda la representada. Se refiere a los matacanes, cuyos más viejos ejemplares subsistentes no son anteriores al siglo XIV. Pues bien, aparecen en dos ilustraciones del código — lám. 16, cant. XIII y lám. 110, cant. XCIX — revelándonos que su uso en España es anterior a lo que creíamos.

¹ Fué editado por D. S. Blondheim, *An Old Portuguese Work on Manuscript Illumination* (*The Jewish Quarterly Review*, XIX, 1928-1929, pp. 97-135) y comentado por J. H. Nunemaker, *Some Mediaeval Spanish Terms of Writing and Illumination* (*Speculum*, V, 1930, pp. 420-424). A la bibliografía que da Guerrero hay que agregar el artículo, citado también por Monneret, de T. Marullo, *Osservazioni sulle Cantigas di Alfonso X e sui miracoli di Gautier de Coincy* (*Archivum Romanicum*, XVIII, 1934, pp. 494-539).

II. *Miniaturas hispanomusulmanas.*

Del arte de la miniatura entre los hispanomusulmanes, como antes se dijo, nada se sabía; sospechábase que las mozárabes de los siglos IX al XI pudieran tener alguna relación con otras cordobesas totalmente perdidas ¹. No es muy aventurado suponer que entre los numerosos libros reunidos por al-Ḥakam II en su espléndida biblioteca de Córdoba, hubiera algunos bellamente ilustrados, probablemente en un taller regio.

Sigue siendo para nosotros *terra ignota* el arte de la iluminación de manuscritos en la España califal, pero tal vez comienza a entreverse algo de lo que fué en épocas posteriores, para las que ni siquiera hipótesis se habían atrevido a enunciar los estudiosos de estas materias.

En el año 1941 publicó el profesor Nykl, en las esmeradas ediciones de la benemérita Hispanic Society of America, el texto árabe y la traducción castellana de un manuscrito de la Biblioteca Vaticana (Vat. Arab. 368), la *Historia de los amores de Bayād y Riyād*, con reproducción de diez de las catorce miniaturas que lo engalanan, maltrechas algunas por la humedad. «Parecía ser — escribe el editor — del siglo VII de la era (principios del siglo XIII A. D.)... Aunque el texto es [*sic*] bastante mutilado, se ve que se trata de una *chantefable* oriental, en estilo persa, reminescente en cuanto al estilo de las *Mil y una noches*

«Lo ignoramos todo de pintura durante el Califato; mas quizá estas pequeñas obras (las ilustraciones de manuscritos mozárabes, singularmente de la Biblia Hispalense del siglo X) den una tenue idea de su carácter» (*Iglesias mozárabes*, por M. Gómez-Moreno, Madrid 1919, p. 359). Monneret señala identidad de algunas representaciones de miniaturas mozárabes con otras musulmanas; así las montañas se dibujan del mismo modo en el mapa del famoso códice del Idrisi, en la Bib. Nac. de París, que en varios manuscritos de *Beatos* (en el de la Bib. de Santa Cruz de Valladolid, de 970; en el de la cat. de Gerona, de 975; en el de la Bib. Nac. B-31 de Madrid, de 1047; en el del Brit. Mus. Add. 11.695 de Londres, de 1109; en el de la John Rylands Library de Manchester lat. 8 de Manchester, del s. XII; etc.)

o del *Gulistān* de Saʿdī» ¹. Don Angel González Palencia dió en estas páginas cumplida noticia de esa publicación en su aspecto literario ². Respecto a su localización, el editor se limita a indicar que está escrito en bella letra magrebí. Hay en el texto dos únicas referencias topográficas: uno de los principales protagonistas, el mancebo Bayād, era de noble estirpe de Damasco y había ido en viaje de negocios al país en el que se desarrolla la fábula amorosa, cuyo principal escenario es una huerta a las orillas del río *Tarṭār*. Estos datos nada dicen respecto al lugar donde se escribiera y pintara el manuscrito, pues historias orientales como la que contiene alcanzaron en la edad media extensa área de difusión.

El señor Nykl, en breve prólogo, no se ocupa de las miniaturas. Pero el mismo año de la aparición de su estudio, persona tan conocedora del arte del próximo Oriente como es el señor Monneret de Villard, publicó un erudito trabajo acerca de ellas en la revista de Florencia *Bibliopolis*, reproduciendo ocho. A la simultaneidad de aparición de ambos estudios se debe, sin duda, el que sus respectivos autores se ignorasen mutuamente ³.

La trascendencia de dicho artículo es considerable, pues las miniaturas que en él se describen del manuscrito vaticano constituyen el único indicio subsistente del arte de la ilustración de los libros en la culta y refinada Andalucía islámica. Bien merece, pues, una amplia recensión en estas páginas, seguida de algunos comentarios.

Levi Della Vida fecha, dubitativamente, el manuscrito en el siglo XIV ⁴, opinión con la que se muestra de acuerdo Monne-

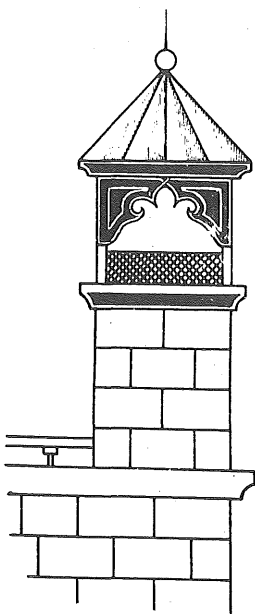
¹ *Historia de los amores de Bayād y Riyāḍ. Una chanṭefable oriental en estilo persa*, por A. R. Nykl (New York 1941).

² *AL-ANDALUS*, VI, 1941, pp. 499-501.

³ Ugo Monneret de Villard, *Un codice arabo-spagnolo con miniature (Bibliopolis, XLIII, Florencia 1941, pp. 209-223)*. Debo el conocimiento de este trabajo al Dr. H. Schlunk y su generoso préstamo a «The Warburg Institute» de la Universidad de Londres.

⁴ G. Levi Della Vida, *Elenco dei manoscritti arabi islamici della Biblioteca Vaticana* (Città del Vaticano 1935), p. 39. En su catálogo de manuscritos orientales de la Biblioteca Pontificia, publicado en 1831, May lo atribuía al siglo XII

ret. Un examen rápido de las miniaturas revela, según el erudito arqueólogo italiano, que pertenece a un arte derivado del de la miniatura selýukí mesopotámica, llamada de Bagdad. Con ésta, tienen de común las del código Vaticano: la ausencia total de perspectiva, recuadro y fondo; el procedimiento para representar el agua de ríos y albercas; la disposición de las representaciones arquitectónicas; los cipreses y los árboles y arbustos de largas ramas entrelazadas de las que brotan pequeñas hojas y frutos redondos y amarillos ¹.



Torrecilla representada en una de las miniaturas del ms. Arab. 368 de la Biblioteca Vaticana.

Dib. de M. Ocaña Jiménez.

Se tratá, pues, de una copia o imitación de un código mesopotámico hecha con cierta libertad, pues el autor introdujo en su obra elementos nuevos que no se encuentran en las de la escuela de Bagdad, como son: las representaciones arquitectónicas, netamente hispánicas, singularmente pequeñas torres con miradores en su cuerpo más elevado, abiertos casi siempre por arcos gemelos de herradura, y rematadas aquéllas por cubiertas piramidales.

En dos de las ilustraciones reproducidas hay otras tantas estrechas torrecillas, con un mirador en lo alto, volado sobre ménsulas cuyo perfil se compone de uno o más segmentos de arcos. Monneret de Villard afirma que las cubiertas de teja y los miradores apeados en ménsulas son desconocidos en Mesopotamia ².

¹ Dice Monneret que análogo tipo de representación vegetal se encuentra también en miniaturas cristianas españolas del siglo XIII, en las del Beato de las Huelgas de Burgos, por ejemplo, de 1220, hoy en la «Morgan Library» de Nueva York.

² Monneret afirma que las ménsulas con perfil de arco o arcos de círculo de algunas de las miniaturas del código Vaticano son idénticas a las representadas en



Riyāḍ tocando el laúd y cantando en el huerto. Miniatura del código Vaticano Ar. 368, fº 10 r.



Bayāḍ tocando el laúd y cantando en el huerto. Miniatura del código Vaticano Ar. 368, fº 11 r.



La señora hablando con la vieja y Riyāḍ cerca de la alberca.
Miniatura del código Vaticano Ar. 368, f^o 14 r.

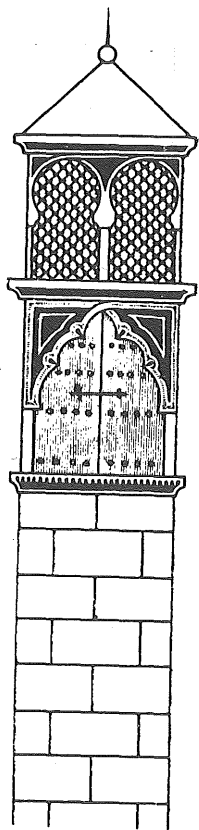


Šamūl hablando con Bayāḍ a la orilla del río. Minia-
tura del código Vaticano Ar. 368, f^o 18 r.

Para explicar la génesis de estas pequeñas obras pictóricas, según el autor del artículo comentado, se pueden enunciar dos hipótesis: o un artista español tuvo delante un códice, miniado en Mesopotamia, con la historia de los amores de Bayād y Riyād, y lo reprodujo, modificando tan sólo las representaciones arquitectónicas, o el arte de la miniatura de esa comarca oriental había penetrado en Andalucía y formaba parte del lenguaje expresivo de sus artistas, en cuyo caso podrían considerarse las ilustraciones del códice Vaticano como una creación española en la que se amalgaman elementos indígenas con otros orientales.

El arte cristiano medieval, singularmente el religioso, no suele mostrar preocupación alguna documental y etnográfica cuando representa lugares o personajes de Oriente; en España, en cambio, los códices de las *Cantigas* de Alfonso el Sabio y del *Libro del ajedrez*, de fines del siglo XIII ambos, tienen miniaturas que demuestran observación directa y precisa de escenas y sitios con-

una ilustración del Beato de San Pedro de Cardena, ahora en el Museo Arqueológico de Madrid, fechado alrededor de 1200 (J. Domínguez Bordona, *Exposición de códices miniados españoles*, Madrid 1929, lám. 38). Pero en esa miniatura, que representa «El anticristo derribando la ciudad de Jerusalén», no son ménsulas las dibujadas, sino partes de arcos que acaban de romper; la columna y el capitel que sostenían uno de sus arranques figuran por el aire y aún no han llegado al suelo. La comparación pudiera establecerse, más fundadamente, con unos elementos volados, a modo de ménsulas, que figuran en una miniatura del *Liber Feudorum Major*, en la que se representó a Alfonso II de Aragón recibiendo el códice de manos de Ramón de Caldes, obra de los siglos XII al XII (*La miniatura española*, por J. Domínguez Bordona, I [Floren-
cia 1930], lám. 78).



Torreilla representada en una de las miniaturas del manuscrito Arab. 368 de la Biblioteca Vaticana.

Dib. de M. Ocaña Jiménez.

templados en la vida cotidiana. Apenas insinúa Monneret la posible relación entre las ilustraciones de los códices alfonsíes, cuyo arte es de innegable origen francés, pero con características hispánicas, y las del Vaticano. La decoración de éste plantea problemas muy difíciles de resolver en el estado actual de nuestros conocimientos.

Puede afirmarse, sin reserva alguna, la falta de parentesco entre las miniaturas de los códices de Alfonso el Sabio y las del de la biblioteca romana. Pertenecen ambos a mundos artísticos opuestos y su único punto de contacto está en algunas — escasas — representaciones de partes de edificios u objetos, como lámparas, copia, en ambos, de los que podían contemplar a diario en España tanto el miniaturista de formación occidental como el oriental.

Nada dice Monneret sobre el color y la técnica de las supuestas miniaturas hispánicas. El Dr. Gamal Mehrez, de la Universidad Fouad I de El Cairo, buen conocedor de la miniatura oriental, confirma el estilo selýukí de aquéllas, extendido por Persia, Siria, Irāq y Egipto durante el siglo XIII y por los mismos países, excepto el primero, en el siguiente, y cree también aportación occidental las representaciones arquitectónicas, y la manera como están dibujadas las caras de los personajes.

Casi todas las miniaturas que ilustran la historia de los amores de Bayād y Riyād representan escenas que tienen lugar en un jardín. Varias están flanqueadas por torrecillas, a las que antes se aludió, de evidente progenie hispánica, excepto algunas, reducidísimas, rematadas con cúpulas bulbosas. La cubierta de aquéllas es piramidal y bajo ella se abren huecos gemelos de herradura con columnilla en el centro y alfiz de recuadro, elementos típicamente españoles. En las torrecillas con miradores volados se distingue en éstos una ventana única, de herradura y con alfiz. Las ménsulas que apean el vuelo recuerdan otras frecuentes en la arquitectura granadina y en la mudéjar, como las que suele haber sobre las pilastras que flanquean puertas y fachadas. Tam-

bién aparecen algunos arcos cuyo intradós está formado por segmentos de curvas cóncavas, de evidente progenie almohade, aunque es forma que se encuentra en Oriente. Estas torrecillas, tan prodigadas por el miniaturista del código Vaticano para encuadrar las escenas con personajes, recuerdan los miradores de la Alhambra — torre del Peinador de la reina, torre de las Damas — y evocan, al mismo tiempo, los quioscos contruídos en lugares desde los que la vista podía extenderse por amplios panoramas, repetidamente aludidos por poetas y cronistas como existentes en almunias y palacios.

Aparecen también representadas, cerrando las ventanas o sirviendo de antepecho a algún balcón, celosías formadas por listones de carretes en diagonal, usadas tanto en Oriente como en la Península. Tampoco nos sirve para localizar las miniaturas una gran rueda hidráulica, figurada en una de ellas, puesto que las hubo lo mismo en el Tigris y en el Oronte que en el Ebro, el Tajo, el Guadalquivir y el río de Fez.

De traza hispánica parecen ser, en cambio, las hojas de una puerta dibujada en una de las ilustraciones. Tiene clavos grandes, llamadores de anillo y alguazas semejantes a algunas que se conservan en el Museo Arqueológico Nacional y en la colección de don Antonio Vives.

En otra de las miniaturas se ve una alberca que recibe el agua de dos surtidores, de bronce sin duda, en forma de cabezas de caballos. Hay también en la misma un dibujo esquemático en el que parece distinguirse una pérgola de madera, como las que aún existen en los jardines marroquíes y debió de haber en los andaluces.

Las esclavas figuradas llevan la cabeza descubierta y el cabello partido por la mitad, avanzando sobre las mejillas la melena para formar patillas. Este mismo peinado lleva la señora, pero se cubre con una alta y complicada toca, a modo de tiara. Los hombres envuelven la cabeza en un gran turbante.

Trátase con estas notas de señalar el interés de las miniaturas del código Vaticano, cuyo más completo análisis convendría emprender, tanto en lo que se refiere a su letra como al arte de

sus ilustraciones, para llegar, si fuera posible, a localizarlo y fijar la época en que se iluminó. Documentos de excepcional importancia, las miniaturas que lo enriquecen, si se comprueba ser obras españolas, no sólo la tendrían como testimonio de un arte ignorado hasta ahora: nos revelarían, además, interesantes aspectos de los jardines, de los trajes y de las construcciones islámicas en nuestro país ¹. — L. T. B.